

# ¿Cuál ha de ser la formación al servicio de la fe?

---

*GIANCARLA BARBON*  
*RINALDO PAGANELLI\**

## INTRODUCCIÓN

Esta comunicación (presentada en el Congreso AICA en Vitorchiano el 14 de septiembre de 2003 a dos voces y a dos manos) quiere provocar la reflexión y el debate al presentar el tipo de formación que la Iglesia italiana ha elegido para los «formadores de formadores» y resaltar algunas de sus claves y tendencias.

## 1. LA PRIORIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

Si algo caracteriza la situación actual de la formación es, ciertamente, su gran complejidad. Esta afirmación puede parecer demasiado banal y hasta superflua. Además se debería comparar la complejidad de la formación actual con la de los años precedentes. Pero estas afirmaciones resultan menos banales si se considera que tomar conciencia de la realidad es precisamente lo que orienta la nueva definición del objetivo. Y en el caso de la formación hay que reconocer que en los últimos años apenas se ha reconocido su complejidad.

---

\*Miembros de AICa.

Se trata de un término que en estos años ha experimentado dentro de Italia un proceso de crecimiento progresivo, tanto dentro de los diversos campos del conocimiento y de la actuación como en el prestigio cultural.

La demanda de formación es, por tanto, una petición de que se planteen claramente los problemas. Hay que poner al tanto al agente pastoral sobre las formas, dificultades y posibilidades que encontrará dentro y fuera de la comunidad cristiana de cara a la nueva realidad del anuncio.

Con razón se desconfía de quien afirma que posee la clave de la solución a esos modos y dificultades, pero al mismo tiempo es imprescindible buscar la respuesta y disponer de nuevos instrumentos para llevarla a cabo. Y está claro que justo en esta fase hay que equiparse para ser capaces de gestionar más y mejor el progreso de los agentes para que ello repercuta en el desarrollo de la pastoral, ya que es evidente que, a pesar de sus rasgos específicos, la catequesis está integrada en la más amplia área de los intereses pastorales. Es primordial, por tanto, que el formador de catequistas esté informado y formado en la misma onda de la eclesiología en acción o de la eclesialidad de toda la comunidad, dado el esfuerzo de unidad en que ésta se ha empeñado en los campos pastoral y catequístico a partir del Concilio Vaticano II. Sin olvidar, por otro lado, las precisas orientaciones que han emanado de las diversas iglesias locales por las que, a partir de pasos sencillos, se ha llegado a pensar no solo en la necesaria formación del catequista, sino en la misma figura del formador de catequistas.

### **1.1. El impulso dado por los congresos catequísticos**

La formación de los catequistas es un tema que ha marcado positivamente la marcha eclesial durante muchos años. Este asunto ha sido el objeto de numerosos encuentros en los que se ha debatido y reflexionado, lo cual ha permitido dibujar algunas claves que han pasado a formar parte del actual patrimonio formativo.

Estos diversos encuentros señalaron también la necesidad de una estructura central dedicada a coordinar todo el proceso de renovación. Esta petición de muchos congresos y encuentros encontró respuesta ya en 1960 con la constitución de la Comisión de Actividades Catequísticas de la Conferencia Episcopal Italiana, y en 1961 con la creación de la Delegación Nacional de Catequesis.

Desde aquella fecha, y merced al impulso de la Delegación Nacional de Catequesis, las Delegaciones Diocesanas de Catequesis han organizado nuevos congresos y convenciones. Gracias a este trabajo capilar, la realidad catequística se ha hecho presente en el tejido eclesial de las diócesis y de las regiones<sup>1</sup>.

Y, precisamente, la actividad de las Delegaciones Diocesanas de Catequistas, es la que ha hecho posible que los dos importantes congresos de catequistas promovidos en Roma por la Conferencia Episcopal en 1988 y 1992, consiguieran articular las fuerzas catequísticas y, mediante cualificadas reflexiones, implantar en el campo de la formación permanente de los catequistas los más recientes descubrimientos. «Ser catequista de calidad: he aquí a lo que debe aspirar quien se compromete hoy en esta importante tarea. Y serlo de acuerdo con las características que la Iglesia propone»<sup>2</sup>.

### 1.1.1. *Catequistas para una Iglesia misionera*

Del 23 al 25 de abril de 1988 se celebró en Roma el primer congreso nacional de catequistas, con el lema: «*Catequistas para una Iglesia misione-*

---

<sup>1</sup> El primero de la serie de encuentros tuvo lugar en Vallombrosa. Cfr. CEI-UCN (edit.), *L'ufficio catechistico diocesano. Atti del Convegno direttori UU.CC.DD., Vallombrosa 30 agosto-4 settembre 1965*, UCN, Roma 1966. Cfr. también R. Giannatelli, «Il I Convegno nazionale dei direttori degli UU.CC.DD. d'Italia», *Catechesi* 34 (1965) núm. 11, 25-26.

<sup>2</sup> UCN, *Catechisti di qualità. Atti del I Convegno nazionale dei catechisti, Roma 23-25 aprile 1988*, Istituto Grafico Bertello, Borgo San Dalmazzo, s.f.

ra». El congreso tuvo una preparación larga y laboriosa, cuya principal característica fue la realización de más de 200 congresos catequísticos diocesanos y regionales<sup>3</sup>, en los que los catequistas tuvieron ocasión –a partir del documento preparado por la Delegación Nacional<sup>4</sup>– de interrogarse sobre su identidad y sobre su formación.

Los temas tratados en el congreso se pueden agrupar en dos grandes líneas: la Iglesia misionera<sup>5</sup>, como se señala en el título, y la formación necesaria a los catequistas para vivir esta dimensión misionera<sup>6</sup>.

Este último tema se resumió posteriormente en tres pasos fundamentales que debían inspirar el itinerario formativo en el periodo siguiente, con lo que se llegó a la propuesta de crear, sobre todo, una relación entre la Iglesia, su misión y la formación.

Según el congreso, el primer puesto en la jerarquía de las prioridades pastorales se ha de conceder a la práctica asidua de una formación para todos, especialmente para los adultos y para los jóvenes. Formación entendida como discernimiento y capacidad de juicio respecto de un proyecto salvífico en el devenir de nuestra historia.

El tema de la formación quedó como centro de la reflexión de las comisiones de estudio, y sobre él afirmó Juan Pablo II en la plaza de San Pedro: «Es indispensable crear itinerarios de formación para los catequistas de base, desarrollados de manera clara, organizada, bien hecha. Representa una prioridad en el plan pastoral de cada iglesia particular. Igualmente necesarios

---

<sup>3</sup> UCN, *Catechisti di qualità...*, p.14.

<sup>4</sup> UCN, *Catechisti per una chiesa missionaria. Schede di lavoro*, EDB, Bolonia 1982. El documento ofrece diez fichas de estudio, oración y reflexión, que siguen la línea de la nota de la Comisión Episcopal *Formazione dei catechisti*, y del documento pastoral de la CEI *Comunione e comunità missionaria*.

<sup>5</sup> El tema de la dimensión misionera fue desarrollado por el cardenal Marco Ce en su intervención *Chiesa, catechesi, catechista*. Cf. UCN, *Catechisti di qualità...*, pp. 18-31.

<sup>6</sup> Este segundo tema se presentó en la relación de E. Mariella, *Nuova generazione di catechisti per una chiesa di missione*, cfr. UCN, *Catechisti di qualità...*, pp. 42-52.

son itinerarios de formación para animadores de catequistas y para catequistas especializados»<sup>7</sup>.

En definitiva, lo que la Iglesia italiana espera es, usando la expresión de Juan Pablo II, un «catequista de calidad», consciente de que precisamente él es el filtro, la medida y la condición de la calidad de la catequesis en la comunidad eclesial<sup>8</sup>.

### 1.1.2. *Testigos del Evangelio en la ciudad de los hombres*

El éxito del primer congreso supuso para el movimiento catequístico el impulso para poner en marcha una nueva cita en Roma. Del 20 al 22 de noviembre de 1992 se encontraron de nuevo los catequistas en un congreso, esta vez sobre la catequesis de adultos, bajo el lema: «*Testigos del evangelio en la ciudad de los hombres. Adultos en la fe, testigos de la caridad*». El congreso intentaba responder a algunas peticiones que personas cualificadas habían planteado a la Iglesia italiana. La primera había sido la de Juan Pablo II cuando en el discurso con el que clausuró el congreso de 1988 dijo:

*«El movimiento catequístico alcanzará la madurez cuando suscite itinerarios de fe para los adultos y suscite gran número de catequistas para adultos»<sup>9</sup>.*

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>8</sup> Para comprender la importancia del congreso, podemos remitirnos a numerosos artículos que han interpretado este acontecimiento con ricos y variados acentos: C. Bissoli, «Note sul Convegno», *Notiziario UCN* 17 (1988) núm. 3, 147-155; E. Franchini, «300.000 catechisti: 30.000 in Piazza S. Pietro», *Il Regno Attualità* 33 (1988) núm. 595, 233-236; R. Paganelli, «I catechisti italiani a convegno», *Evangelizzare* 12 (1988) núm. 10, 580-581; L. Soravito, «Un avvenimento unico per i catechisti italiani. Verso il Primo Convegno nazionale», *Evangelizzare* 12 (1987) núm. 3, 122-124; V. Di Cerbo, «Catechesi e progetto catechistico italiano», *Insieme Catechisti* núm. 24, marzo-abril 1988; P. Damu, «Catechisti per una chiesa missionaria. Informazioni e commenti sul I Convegno nazionale dei catechisti italiani», *Dossier catechista* 5 (1988) núm. 6, 3-12.

<sup>9</sup> UCN, *Catechisti di qualità...*, p. 121.

Por ello, el Documento Base del nuevo congreso reclamaba la exigencia de dirigirse a los adultos:

*«Los adultos son, en el sentido más pleno, los destinatarios del mensaje cristiano, ya que ellos pueden conocer mejor la riqueza de la fe que ha quedado implícita o no profundizada en la enseñanza anterior»<sup>10</sup>.*

Los 1.700 delegados presentes en el congreso se movieron en torno a tres objetivos: hacer crecer la conciencia misionera de los cristianos y de las comunidades en Italia; ofrecer orientaciones para itinerarios diversificados; buscar alternativas pastorales y pedagógicas para integrar plenamente la catequesis de los adultos dentro de un itinerario de fe. Este recorrido demandaba no solo la atención del mundo de los adultos, sino también la del ámbito de la formación de los agentes.

La catequesis de los adultos no es adulta porque la propia comunidad eclesial está necesitada aún de maduración y de nuevos formadores<sup>11</sup>.

Ante este nuevo problema, las comunidades se revelan a menudo inadecuadas y faltas de energía y de estructura, y aparecen situadas en un contexto pastoral que manifiesta clamorosamente sus limitaciones. De manera especial es imprescindible superar el clericalismo, la desconfianza en los laicos, para dejar lugar a la acción carismática y arribar a una realidad de evangelización dentro de un contexto vivo. Se constata un retraso cultural, como si se caminase de espaldas al futuro en vez de mirarlo con esperanza. Hay una tendencia a configurar comunidades sobre bases elegibles, centradas sobre sí mismas, que son fruto de un cristianismo asimilado pero sin sentido de pertenencia auténticamente eclesial.

Por eso, el primer puesto en la jerarquía de las prioridades pastorales se ha de conceder a la formación de todos los catequistas, no solo para dotarlos

---

<sup>10</sup> *RdC*, 124; *ECEI*, 1/2744.

<sup>11</sup> R. Paganelli, «Catechisti, un convegno adulto», *Settimana* 26 (1992) núm. 43, 1.16.

de versatilidad y ánimo, sino para proveerlos de discernimiento y juicio que les lleven a la realización de las propuestas más adecuadas<sup>12</sup>.

## 1.2. Las investigaciones revelan el estado de la formación

Las importantes citas de los congresos y encuentros han recibido su concreción por parte del movimiento catequístico italiano que, especialmente a partir de los años ochenta, se ha visto sometido periódicamente a normales controles para evaluar su crecimiento, su madurez y la calidad de la formación impartida. Tenemos la suerte de poder entrar a fondo en tres investigaciones muy significativas a través de las cuales podemos conocer las realidades, las expectativas y las propuestas de mejora de algún proceso formativo y, en su caso, retomar nuevas propuestas.

### 1.2.1. La encuesta del Grupo Italiano de Catequetas (GIC)

Al final de su tercer encuentro nacional (Frascati 1978), la asamblea del GIC eligió como objeto de estudio para el curso 1978-1979 el problema de la formación de los catequistas, considerado en aquel momento por todo el contexto eclesial como un problema emergente, rico en fermentos significativos<sup>13</sup>.

Diversos motivos determinaron esta elección. Por todas partes se multiplicaban los grupos de catequistas y se advertía, más que nunca, la urgencia de su adecuada preparación para revitalizar las comunidades parroquiales.

---

<sup>12</sup> UCN, *Atti Il Convegno...*, pp. 131-134.

<sup>13</sup> Gruppo Italiano Catecheti, *La formazione dei catechisti. Atti del IV incontro nazionale dei catecheti italiani, Frascati-Grottaferrata 1979*, EDB, Bologna, 1980. Los resultados de la encuesta se encuentran también en una síntesis dirigida por L. Soravito, «L'identità e la formazione dei catechisti. Sondaggio in alcune diocesi italiane», *Catechesi* 49 (1980) núm. 11, 25-37.

La investigación se realizó sobre una muestra de catequistas pertenecientes en un 70 % a la región trivéneta. Tal investigación no podía, por tanto, hacer referencia al conjunto de la catequesis en Italia, pero permitió señalar las diversas tipologías de catequistas presentes en la Iglesia italiana, poner en evidencia la fisonomía de los grupos parroquiales en los que se reunían y especificar sus necesidades fundamentales de formación<sup>14</sup>.

Precisamente en este campo de la formación los datos nos muestran claramente algunas constantes:

- La Palabra de Dios ocupa un puesto central tanto en su experiencia de maduración en la fe como en el planteamiento de los cursos, y proporciona solidez a todo el compromiso de formación.
- Leyendo las peticiones de los catequistas respecto de su formación y de los temas tratados de hecho en los cursos, se deduce una inadecuada atención al hombre y a su historia.

Por otro lado, la gran disponibilidad de los catequistas a asumir de modo permanente la actividad catequística hacía patente el problema de la catequesis como ministerio de la comunidad cristiana. La actitud inveterada de los laicos de delegar la tarea catequística no ha permitido a la mayor parte de las comunidades parroquiales acoger a los catequistas como expresión de toda la comunidad y sostenerlos con la estima y la ayuda de que están necesitados (RdC 184). Hay muchos indicios que confirman este dato.

Ante todo, parece que los padres están muy lejos de haber tomado conciencia de que son «los primeros educadores de la fe de sus hijos». Siguen

---

<sup>14</sup> Esta investigación mostraba limitaciones evidentes. La primera, reconocida, se debía a la falta de un verdadero y estricto sistema en la elección de la muestra entre las diócesis. La segunda limitación se refería al método con el que se había establecido el primer cuestionario, destinado a revelar la fisonomía de los diversos grupos parroquiales y su nivel de preparación. En algunos casos la recogida de datos fue precipitada o contestada únicamente por el responsable del grupo, lo cual se reflejaba en la cantidad de «no contesta» relativos a las preguntas más comprometidas.

exigiendo que sea el sacerdote quien imparta la educación religiosa a sus hijos y no aceptan fácilmente que se la confíe a laicos. Junto a esto, incluso la comunidad parroquial en su conjunto, parece conservar una actitud de indiferencia con respecto a los catequistas.

### 1.2.2. La investigación «Catequistas 1982»

El promotor de la investigación «Catequistas 82» fue el Instituto de Catequética de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Pontificia Salesiana (UPS) de Roma, que había creado para los años 1981-1982<sup>15</sup> un bienio estival para formadores de catequistas, con el fin de ofrecer la necesaria capacitación a las personas encargadas de promover la formación de los agentes de la catequesis.

Al proyectar este curso, el equipo docente consideró interesante involucrar a los «formadores» en un trabajo de búsqueda que permitiese captar la situación del movimiento de los catequistas en Italia. Había señales muy positivas que, en justicia, había que reseñar<sup>16</sup>.

El movimiento de los catequistas aparecía en constante crecimiento, pero con los catequistas ocupados preferentemente (97%) en la franja de edades de la enseñanza obligatoria<sup>17</sup>. Se estaba muy lejos de considerar prioritaria

---

<sup>15</sup> L. Soravito y C. Bissoli, *I catechisti in Italia. Identità e formazione*, Elle Di Ci, Leumann-Torino 1982.

<sup>16</sup> En octubre de 1981 se distribuyeron por 54 diócesis italianas 36.000 cuestionarios que contenían 32 preguntas cerradas y una abierta. Los cuestionarios debían ser contestados por los catequistas de estas diócesis y devolverse enseguida al Instituto de Catequética de la UPS para el cómputo de los datos. A finales de febrero de 1982 se habían contabilizado las respuestas de 19.518 cuestionarios, es decir, el 54,2 % de los repartidos.

<sup>17</sup> *Ibidem*, 151.

la catequesis de adultos como se había pedido en el Documento Base: «*Los adultos son, en el sentido más pleno, los destinatarios del mensaje cristiano*»<sup>18</sup>.

Además de este dato, se debe tener en cuenta que «*es aún muy alto el porcentaje de catequistas que renuncian a realizar una programación catequística y, en vez de eso, siguen al pie de la letra el programa sugerido por el texto de catecismo o por la guía didáctica: suponen el 30,7 % de la muestra total*»<sup>19</sup>.

Esta dependencia servil del texto tiene como consecuencia que casi siempre predomine una catequesis expositiva, explicativa. Prevalece, pues, la explicación o comentario de un texto, por encima de una interpretación de la vida. Es más: la mayor parte de los catequistas comparte las propuestas pedagógicas de los nuevos catecismos, utilizados prácticamente por todos, pero dentro de una concepción metodológica propia de los instrumentos del pasado<sup>20</sup>.

Estas deficiencias no están vinculadas con el hecho de que se cuida bastante la formación espiritual de los catequistas, pero no se promueve su maduración humana. Por eso no eran pocas las peticiones de mayor competencia en las ciencias antropológicas y pedagógicas para poder responder mejor a las condiciones, edad, cultura y lenguaje de los destinatarios<sup>21</sup>.

Son síntomas de un malestar que encuentra su raíz más profunda en la falta de formación.

---

<sup>18</sup> RdC, 124; ECEI, 2744.

<sup>19</sup> *Ibidem*, 124.

<sup>20</sup> *Ibidem*, 128.

<sup>21</sup> L. Soravito y C. Bissoli, *I catechisti in Italia...* p. 134.

### 1.2.3. La encuesta «Catequistas parroquiales en Italia» al comienzo de los años noventa

Diez años después de la investigación que acabamos de reseñar, el mismo Instituto de Catequética puso en marcha una nueva<sup>22</sup>.

Los resultados permiten intuir que se ha «abandonado» el movimiento catequístico a su crecimiento natural, es decir, sin intervenciones locales programadas que estimulen su expansión y corrijan sus limitaciones. También se descubre una divergencia entre el modelo de catequista descrito por el magisterio y el real. En otras palabras, los catequistas que surgen y actúan en las Iglesias locales adquieren cierto progreso pastoral, pero son agentes de un movimiento poco eficaz ya que está inmerso en un contexto agotado y anacrónico.

Se revela la lógica que domina: la de despachar apresuradamente la fase de la formación inicial para ofrecer a continuación propuestas dispares y ocasionales, más vinculadas a la disponibilidad de cada uno que a la capacidad de compartir un itinerario riguroso<sup>23</sup>.

No es casual que, en un par de preguntas abiertas, la mitad de los catequistas hayan señalado la necesidad de una formación que no poseen tanto sobre los contenidos de la fe como sobre las condiciones socioambientales de los catequizandos y las metodologías más adecuadas.

Se puede decir que de la investigación emerge una Iglesia distraída, no suficientemente atenta al ambiente, poco misionera, con una pastoral que

---

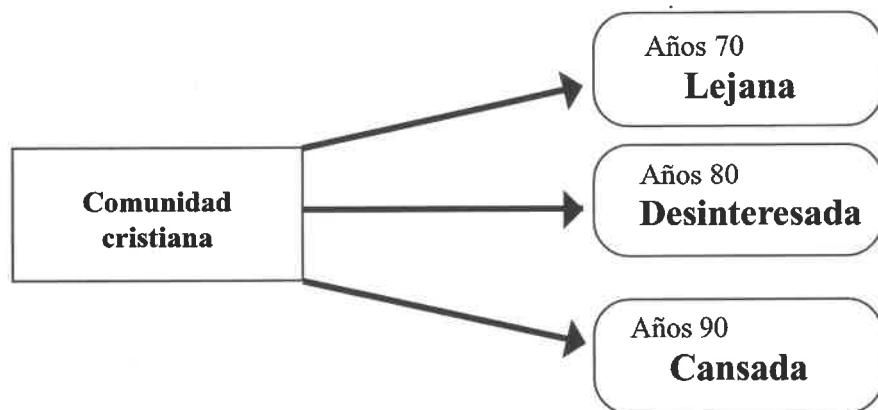
<sup>22</sup> G. Morante, *I catechisti parrochiali in Italia*, Elle Di Ci, Leumann-Torino 1966. La investigación estuvo dirigida por el catequeta salesiano Giuseppe Morante con la colaboración en la parte estadística del profesor Albino Ronco, del Centro de Elaboración electrónica de la UPS. El trabajo de campo se realizó sobre 8.000 personas pertenecientes a 1.147 parroquias distribuidas entre todas las regiones conciliares de Italia, salvo Molise.

<sup>23</sup> *Ibidem*, 264.

no dispone de un plan previo y, por tanto, poco organizada y bastante aislada. Se realiza un esfuerzo por estar atentos a los sujetos y llevar a cabo la catequesis de manera dialogada, pero faltan los responsables que deben hacer evolucionar positivamente este proceso. Existe una involución hacia la búsqueda de la verdad, proveniente de la escasa capacitación de los presbíteros en el tema catequístico.

Parece que en los años noventa los catequistas se han ido acercando algo al perfil ideal diseñado por los documentos eclesiales, pero sigue lejos de solucionarse el divorcio entre el proyecto catequístico italiano y su puesta en práctica.

Como síntesis final podemos decir que si en los años setenta los catequistas perciben la comunidad cristiana como desconectada y lejana, en los ochenta la sienten desinteresada y con una visión eclesial muy piramidal, y, finalmente, en la década de los noventa observan una comunidad cansada, distraída, poco atenta a lo que sucede a su alrededor; en definitiva, bastante adormecida.



*La comunidad cristiana respecto de los catequistas, según los datos de las tres investigaciones*

Al principio la catequesis se nos muestra ansiosa de renovación, atenta a las personas y a sus respectivas situaciones y condiciones de vida, pero después se ve que permanece siendo de tipo expositivo y doctrinal; aunque ha aprendido a utilizar instrumentos nuevos, como los catecismos, los usa dentro de una estructura claramente superada. Finalmente, en el análisis realizado en los años noventa aparece una catequesis aislada de la vida de la comunidad, diseñada aún para una pastoral puramente sacramental e inserta en una estructura eclesial fundamentalmente estática, anclada en puntos de vista del pasado, aunque en búsqueda continua de nuevos instrumentos.

### 1.3. Los documentos sobre la formación

#### 1.3.1. *La formación de los catequistas en la comunidad cristiana*

Las tres investigaciones que acabamos de ver se complementan perfectamente con dos documentos dedicados a la formación.

*La formación de los catequistas en la comunidad cristiana* fue elaborado por la Comisión Episcopal sobre la Doctrina de la Fe, la Catequesis y la Cultura<sup>24</sup>, y publicado con fecha 25 de marzo de 1982.

Se trata de un documento programático, concebido para responder a una necesidad sentida cada vez más a medida que se va desarrollando el plan catequístico. En él se marca un itinerario formativo para catequistas que les lleve a alcanzar la plena madurez humana y cristiana desde el punto de vista personal y la competencia «profesional» en su tarea de anunciar la Palabra.

Las **metas** de esta formación aparecen en la tercera parte: conseguir ante todo la madurez humana y cristiana.

---

<sup>24</sup> Conferenza Episcopale italiana—Commissione per la Dottrina della Fede e la Catechesi, *La formazione dei catechisti nella comunità cristiana. Orientamenti pastorali*, Roma 1982, en ECEI/4, 524.

Para ser «docente de la fe» se requiere una formación bíblica y teológica; para estar al servicio de las personas se debe desarrollar el conocimiento de los dinamismos psicológicos y sociológicos del sujeto.

A la llamada a la misión debe seguir un camino de formación permanente, sistemático y orgánico. El itinerario formativo debe prever la creación de «escuelas de formación» con diversos niveles y con finalidades complementarias (núm. 26).

Los **contenidos** se refieren a tres ámbitos: bíblico-teológico, antropológico-cultural y metodológico-didáctico.

El texto especifica que las lecciones sistemáticas se deben integrar con momentos de búsqueda, de intercambio y de confrontación con la realidad de la iglesia local. Especifica, incluso, que no se deben confundir las escuelas diocesanas de catequistas con las escuelas de «teología para laicos» (núm. 31). Estas recomendaciones parece que no recibieron suficiente atención y apoyo, ya que diez años después del documento los catequistas proclamaban que tenían necesidad de aprender el arte de dar catequesis.

Releído con la perspectiva de los veinte años transcurridos, el documento revela dos limitaciones que pueden considerarse los talones de Aquiles de la formación que se dio en aquellos años. La primera surge del propio término «escuela»: teóricamente se distancian de las escuelas de teología con la introducción de un área de pedagogía y didáctica, impulsada sobre todo por las quejas de los catequistas, pero se descuida la metodología. En la práctica han seguido siendo escuelas con cursos y lecciones teóricas en las que a los principales contenidos teológicos se añadían unas nociones pedagógicas y didácticas.

La segunda limitación consiste en haber descuidado totalmente la figura del formador y del docente de estos cursos para catequistas.

### 1.3.2. Orientaciones e itinerarios formativos para los catequistas

Como continuación del documento precedente y para dar nuevo impulso a la formación después de la feliz experiencia del congreso de 1988, la Delegación Nacional de Catequesis publicó el documento pastoral: *Orientaciones e itinerarios formativos para los catequistas*<sup>25</sup>. Las dos partes en que se divide diseñan, respectivamente, el cuadro teórico de la formación de los catequistas y una propuesta de itinerarios específicos para las diversas categorías de catequistas.

Aunque de hecho este texto es un complemento del anterior, supone en realidad un salto cualitativo. Se aprecia en él una maduración del concepto de formación, especialmente cuando presenta la doble dimensión de la formación: la promoción de cristianos adultos (el catequista como creyente) y de personas con competencia específica para la comunicación de la fe. Estamos ante orientaciones estimulantes y fecundas, destinadas a durar. Lo realmente nuevo es el desplazamiento del eje del documento desde los contenidos teológicos a la comunicación de la fe como lo específico de la idoneidad catequística. Ello ha constituido el espejo y el estímulo de las tentativas que empezaron enseguida a ponerse en práctica.

Este desplazamiento se ha traducido en la siguiente invitación: «*Precisamente estos dos elementos de la formación de los catequistas son los que exigen que las escuelas de formación tengan el carácter de comunidad-laboratorio, donde juntos aprendan, reelaboren y planifiquen según los diversos itinerarios formativos; recíprocamente se catequicen y se muestren atentos a lo que sucede de hecho en la práctica catequística*»<sup>26</sup>.

Aquí aparece por primera vez la palabra «laboratorio», que en los años siguientes ha pasado a ser la palabra clave entre los responsables de la formación.

---

<sup>25</sup> UCN, *Orientamenti e itinerari di formazione dei catechisti*, EDB, Bologna 1991.

<sup>26</sup> *Ibidem*.

Pero también este documento pasa por alto el problema de los formadores de los catequistas, revelando así que en aquel momento no se tenía conciencia de que el problema seguía sin solucionarse.

Hay que hacer notar que la necesidad de la formación de los formadores ha ido surgiendo en Italia poco a poco: acontecimientos y encuentros significativos a nivel eclesial la han presentado como necesaria y han clamado por ella. Mientras los documentos oficiales sobre la formación han presentado modalidades y exigencias formativas sin tener en cuenta la figura del formador, en cambio las encuestas de los últimos decenios han resaltado fortísimamente que las necesidades formativas de los catequistas no se solucionan solo con proyectos, sino con formadores idóneos.

#### 1.4. La praxis de las diócesis

Hasta aquí hemos visto los datos de las investigaciones a nivel nacional o poco menos. También ha existido un interés por el ámbito diocesano, por lo que en 1998 se envió a todas las diócesis un cuestionario para descubrir la praxis en la formación de los catequistas<sup>27</sup>. Los datos, estudiados aunque de manera no científica, por los Directores regionales, se presentaron en el consejo de febrero de 1999<sup>28</sup>.

La praxis formativa que se revela en las contestaciones dadas por las diócesis y la descripción de estas cuatro tipologías presentes en la pastoral italiana respecto de la formación de los catequistas, permiten destacar algunas constantes en el esquema formativo:

- Se trata de una formación que tiene **miedo de la experiencia**. Es decir, una formación realizada a partir de la formulación lógica de los contenidos,

---

<sup>27</sup> R. Paganelli, «Catechisti formati per il 2000», *Settimana* 32 (1998) núm. 26, 1-16.

<sup>28</sup> UCN, «Presentazione della rilevazione della prassi formativa nelle regioni ecclesiastiche», *Notiziario UCN* 3 (1999) núm. 23, 7-46.

que mantiene alejadas –porque las considera amenazas– tanto la experiencia de los participantes como la cultural en sentido amplio. La experiencia se percibe como un elemento desestabilizador de un sistema poco apropiado, al que cuesta muchísimo cualquier cambio.

- Es una formación **unidireccional**, que no acude al feed-back, que se resiste a dar la palabra en serio, a responder a los problemas reales y a las necesidades de los catequistas y a repensarse en función de las exigencias que ellos han señalado, profundizado y escogido.
- Es también una formación **autorreferencial**, construida a semejanza de su propio mundo, y funciona, por tanto, como cualquier otro organismo autorreferencial: prefigura su propio servicio y marca las condiciones para acceder a él. Por consiguiente, asume un carácter **defensivo** frente a todo lo que intente ponerla en discusión.
- Finalmente, es una formación **aislada**: lo es desde el punto de vista eclesial ya que se encuentra desligada del amplio contexto pastoral, y lo es desde el punto de vista cultural puesto que adopta actitudes defensivas ante cualquier cambio.

Al término de la convención de la revista *Evangelizzare* que había girado en torno al tema de la formación de los evangelizadores, el director de la revista afirmaba:

*«La formación eclesial italiana no es la causa de los males de la Iglesia. En todo caso, su espejo, el reflejo de una comunidad eclesial a la que le cuesta asumir el modo de ser «ad extra» de su Dios. La formación catequística se sitúa ante la urgencia misonera lo mismo que la escuela italiana lo hace frente al mundo laboral. Se da la misma divergencia entre necesidades y oferta. El resultado del montaje formativo es la generación de un catequista que se limita a repetir y una catequesis siempre igual, de ninguna manera dispuesta a dejar entrar cualquier cambio o transformación»<sup>29</sup>.*

---

<sup>29</sup> E. Biemmi, *Quale formazione...*, pp. 32-36.

## 2. NECESIDADES FORMATIVAS EN LA CATEQUESIS

De la reflexión realizada hasta ahora surge con claridad la carencia formativa que tienen los catequistas: «*Parece imprescindible una programación del itinerario formativo de los catequistas, más atenta a la situación concreta, más progresiva y más continua*»<sup>30</sup>.

Es una necesidad muy generalizada pero que debe ser clarificada y especificada para que pueda traducirse en un proyecto formativo adecuado. Los estudiosos de la formación «*han dirigido la atención de los formadores hacia el análisis de los presupuestos formativos, presentándolo como el imprescindible acto fundante de cualquier intervención que pretenda constituir una respuesta adecuada a una situación real de necesidad de formación*»<sup>31</sup>.

Es importante hacer un análisis adecuado de las carencias formativas explícitas e implícitas, evaluar las peticiones, captar en la situación concreta incluso aquellas demandas no siempre explicitadas que permiten definir las necesidades y orientarlas en un proyecto adecuado.

Algunos autores afirman que junto al análisis de las necesidades explícitas, es importante realizar un estudio de campo, ya que tener más información ayuda a precisar los niveles, definir de modo realista los objetivos, marcar las hipótesis de proyectos y buscar las realidades formativas más adecuadas<sup>32</sup>.

Teniendo presentes todos estos puntos se han analizado las necesidades formativas desde el punto de vista de los destinatarios de la formación, tal como ellos lo expresan, pero también desde el punto de vista del encargo, es decir, de las exigencias normativas que la comunidad de los creyentes expresa en sus documentos y en sus declaraciones. De esta manera se han

---

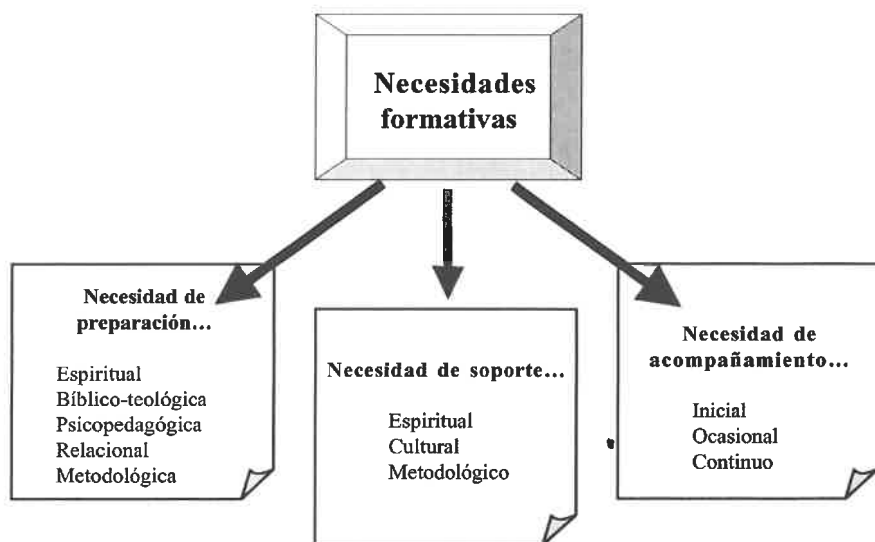
<sup>30</sup> G. Morante, *I catechisti parrocchiali in Italia nei primi anni '90*, Elle Di Ci, Leumann-Torino, 1996, p. 155.

<sup>31</sup> G. Ghiotto, *La formazione per l'impresa*, Franco Angeli, Milano 1998, p. 27.

<sup>32</sup> Cfr. M. Castagna, *Progettare la formazione. Guida metodologica per la progettazione del lavoro in aula*, Franco Angeli, Milano 1998, pp. 26-27.

particularizado los nuevos sistemas formativos necesarios y las exigencias de proyección que de ellos derivan para determinar las premisas de un proyecto formativo renovado<sup>33</sup>.

El análisis de las carencias emerge una vez más de las investigaciones sobre la formación de los catequistas, pero –aunque sea de modo menos explícito– también aparece a partir del análisis más genérico de la situación de la Iglesia italiana y de las exigencias que se detectan a varios niveles, acentuado en el tiempo de radical transformación que hemos vivido y que se ha definido con el término ya consagrado de posmodernidad<sup>34</sup>.



*Tabla sintética de las necesidades formativas de los catequistas*

<sup>33</sup> G. Barbon, *Nuovi processi formativi nella catechesi*, EDB, Bologna 2003, pp. 54-77.

<sup>34</sup> G. Savagnone, *Evangelizzare nella post-modernità*, Elle Di Ci, Leumann-Torino 1966, pp. 5-8.

De esta manera intentaremos sintetizar las demandas y las necesidades que expresan los catequistas, para cuya mayor profundización aconsejamos consultar los estudios realizados<sup>35</sup>.

## **2.1. Exigencia de nuevas figuras formativas**

Al describir las necesidades formativas aparecen con claridad las características de nuevas figuras formativas, o personas que, aunque tengan caracteres ya bien definidos, se dejan interpelar por el nuevo contexto y por la renovada función de la catequesis. Tales personas serán capaces de planear de manera diferente la formación de los catequistas.

### *2.1.1. Personas que realizan la formación*

Ante todo se necesitan personas que tomen a su cargo la formación de los catequistas, que la mantengan con resolución, con entusiasmo y con tenacidad. Y ya que este es un trabajo difícil, se impone con urgencia la tarea de que piensen, trabajen y proyecten juntos la formación a todos los niveles.

En el terreno formativo, el equipo es una opción obligada e imprescindible, dados los beneficios que aporta al grupo en formación y los valores culturales y relacionales que tiene, especialmente cuando se trata de personas adultas en proceso de formación.

Es importante en el ámbito diocesano, porque si hay un grupo que piensa y proyecta conjuntamente, se favorece el auténtico progreso formativo; lo es también en el ámbito de las diversas instituciones eclesiales, de manera especial de aquellas que habitualmente llevan a cabo la formación, como

---

<sup>35</sup> G. Barbon, *Nuovi...*, p. 71.

Centros Catequísticos, Institutos Formativos...; y lo es, finalmente, en el ámbito de las comunidades cristianas de base, ya que un equipo estable que piensa, dialoga y trabaja, supone una riqueza para la entera comunidad.

Desde el punto de vista eclesial la existencia del equipo aparece como signo de corresponsabilidad, de participación en los dones recibidos y señal del sentido eclesial que se vive y se comunica más con hechos que con palabras. La experiencia del trabajo conjunto se convierte en una fuerza pastoral y ayuda a superar cualquier obstáculo<sup>36</sup>.

El equipo formativo debe estar compuesto por un grupo de personas que reflexione y actúe en pro de la formación –tanto inicial como permanente– de los anunciadores del Evangelio<sup>37</sup>. Su misión fundamental es, ante todo, la de proyectar la formación inicial y, enseguida, la de ponerla en práctica. Toda comunidad cristiana debe dedicar a ello sus mejores energías.

La importancia de estudiar y proyectar en equipo la formación es clara, por otro lado, ya que ningún formador conoce todos los contenidos que deben aparecer en el proyecto de formación inicial de los catequistas. Ocurre lo mismo cuando se trate de redactar el plan que se ha de ofrecer a los catequistas y a las comunidades que demandan formación. En este caso es indispensable que formen parte del equipo las personas que seguirán el itinerario formativo de acuerdo con sus competencias específicas y sus capacidades<sup>38</sup>.

No termina aquí la misión del equipo, sino que debe mantener el proceso formativo incluso durante la propia acción catequística: ofrece instrumentos, prepara materiales, mantiene algunos momentos de formación particular,

---

<sup>36</sup> Cfr. N. Raviglione, «L'équipe diocesana per la catechesi», *Notiziario UCN* (1999) núm. 6, pp. 90-93.

<sup>37</sup> M. Carminati, «L'équipe diocesana per la catechesi», *Notiziario UCN* (1999) núm. 6, pp. 82-89.

<sup>38</sup> G. Ghiotto, *La formazione...* pp. 109-116.

proporciona un lugar de diálogo, permite la clarificación de algunos conceptos fundamentales, ayuda a evaluar el proceso educativo...

Cuando se plantean exigencias nuevas o cuando el grupo de catequistas quiere afrontar un tema nuevo, también es el equipo quien proyecta las intervenciones apropiadas o busca los entes o centros especializados en el tema que se desea poner en marcha. Asume por sí mismo el nuevo proceso formativo o lo gestiona de acuerdo con las necesidades y posibilidades de los destinatarios para lo cual acepta las colaboraciones que se le ofrezcan según los objetivos pensados por los propios destinatarios. Incluso proyecta momentos formativos especialmente fuertes como congresos, jornadas de estudio, encuentros sobre temas específicos, cursos de verano, etcétera.

### *2.1.2. Personas que ayudan al discernimiento y la evaluación*

Si es cierto que la opción prioritaria en el campo formativo es, como acabamos de ver, la del equipo con su riqueza y variedad de funciones, también lo es que de los análisis realizados, se desprende que es necesario reforzar dentro del propio equipo algunos cometidos específicos.

Hoy se revela como urgente la capacidad de discernir y evaluar el modo de proceder, las motivaciones y las habilidades educativas y relacionales de quien trabaja dentro de la comunidad cristiana.

Este discernimiento y evaluación de las capacidades y de las disposiciones se puede realizar en dos momentos: el inicial, que reclama la presencia de un guía adecuado, y el de la práctica, que necesita momentos de escucha y de diálogo claro.

El formador nunca sustituirá al catequista, sino que le indicará los instrumentos útiles para realizar esta evaluación personalmente o con el grupo de

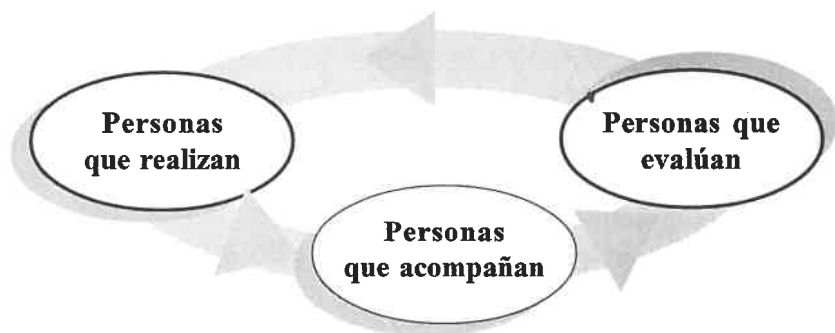
catequistas, o incluso con el propio director espiritual. En esta fase, la tarea del formador-animador será, entre otras, la de crear ocasiones, buscar métodos de evaluación, ofrecer espacios de silencio y reflexión a cada catequista o al grupo...

### **2.1.3. *Personas que acompañan en el camino y la renovación***

El acompañamiento es una de las necesidades claramente expresadas por los catequistas. Pero para ello se requieren personas capaces de ayudar en esta nueva manera de ser catequista. Ya no se puede ser catequista como años atrás. Se impone con urgencia una nueva formación para una nueva evangelización y para acompañar en esta transición o crisis.

Dentro de la crisis, la práctica nos proporciona algunas líneas que se deben potenciar y evaluar.

Una catequesis que en la narración de fe se centra fundamentalmente en la Palabra de Dios; una palabra que se hace acogedora, prestando más atención a las relaciones que a los contenidos; un anuncio realizado en primera



*Exigencia de nuevas figuras formativas*

persona por hombres y mujeres que lo expresan con su testimonio y en un lenguaje que permita devolver a la fe su carácter «profano» y cotidiano<sup>39</sup>.

Hoy se pide a los catequistas que trabajen a largo plazo, conscientes de que aquello de que «uno es el que siembra y otros los que recogen»; es una labor que exige madurez personal y la capacidad de integrarse con pasión y con fe en el nuevo contexto.

## **2.2. Necesidad de un plan formativo específico**

Acabamos de ver que el análisis de las carencias de formación hace emerger inmediatamente la exigencia de que haya personas preparadas para dedicarse con idoneidad a la formación y dedicarse a ella de acuerdo con las exigencias y necesidades aparecidas. No se trata de un único tipo de formador, sino de diversos modelos que, en mutua colaboración y en justa complementariedad, realicen diversas tareas y acompañen al catequista en momentos diferentes.

A estos nuevos modelos hay que ofrecerles, a su vez, una preparación y formación específica. Todo ello debe estar enmarcado en un proyecto que apoya cada intervención y la orienta, dando así continuidad y organización a intuiciones que, en caso contrario, resultarían episódicas y poco sustanciosas.

La formación tiene que estar bien programada, responder a un proyecto. Es necesaria una política de la formación más seria y articulada, lo cual se resume en hacer un plan de formación, marcarle los objetivos, reflexionar sobre ella e invertir en ella<sup>40</sup>. En este sentido puede ser útil presentar, aunque

---

<sup>39</sup> E. Biemmi, «Annunziare il vangelo agli adulti», *Credere Oggi* 19 (1999) núm. 3, pp. 7-9.

<sup>40</sup> E. Alberich, «La formazione degli operatori della catechesi in Europa», *Quaderni della segreteria CEI* 32 (1998) núm. 2, p. 48.

sólo sea en teoría, las características del plan formativo que debería materializar las peticiones derivadas de las necesidades y de los modelos formativos sobre los que hemos presentado hipótesis anteriormente.

### *2.2.1. Un plan que tenga claros los requerimientos e involucre a toda la comunidad*

En cualquier organización, llegado un determinado momento, alguien —normalmente una autoridad— desea que se elabore un plan de formación. Lo solicita porque se han detectado situaciones con escasa motivación o poca profesionalidad, o bien situaciones cambiantes externa o internamente que evidencian la necesidad de una intervención de tipo formativo que perfeccione la idoneidad de los comprometidos en la acción. En cualquier caso se piensa que el plan formativo será útil —o más bien, necesario— para mejorar la situación a todos los niveles <sup>41</sup>.

Para elaborar un plan se necesita conocer con claridad la situación concreta, tener en cuenta todos los aspectos y contemplar las necesidades manifestadas tanto explícita como implícitamente; pero también realizar un mapa de los factores que pueden interferirse con el propio plan. Si hay una condición fundamental para elaborar y ofrecer formación es que se desee.

### *2.2.2. Un plan que no impida, sino que posibilite la autoformación*

El plan formativo que necesitamos no puede estar cerrado o perfectamente terminado, sino que ha de tener la posibilidad de abrirse continuamente a nuevos itinerarios o recorridos ya que nunca como ahora ha sentido la comunidad cristiana la necesidad de una formación continua para poder situarse

---

<sup>41</sup> Cfr. M. Castagna, *Progettare la formazione...* pp. 15-17.

en este momento histórico y anunciar el Evangelio en este tiempo y en este contexto.

Hoy parece que sigue habiendo una demanda de lo religioso, pero que ya no bebe en las fuentes tradicionales, por lo que el catequista tiene una gran tarea: devolver su carácter relacional e histórico a esa búsqueda de religiosidad difusa que se da tanto entre adultos como entre adolescentes y jóvenes.

Las escuelas con sus cursos definidos y cerrados, con sus diplomas y sus certificados, no siempre responden a la necesidad de permanente actualización y de evaluación de lo experimentado. A veces tienen el mérito inicial de enseñar la totalidad de los contenidos, pero junto a esta capacidad debe darse la de leer continuamente lo que sucede y encontrar caminos para, en esta situación concreta, proclamar adecuadamente el Evangelio a los adultos, a los jóvenes, a los adolescentes y a los niños<sup>42</sup>.

### *2.2.3. Un plan vinculado a la finalidad de la comunidad cristiana*

Las notas ofrecidas anteriormente revelan la necesidad de un programa formativo que se sitúe dentro del plan general de la comunidad local, que se integre armónicamente con los objetivos formativos que la propia comunidad se ha otorgado, o que, llegado el caso, los promueva.

De la pastoral de la Iglesia forma parte la catequesis, pero es necesario que sea una catequesis auténtica que contribuya a la edificación de la comunidad parroquial y que promueva su vitalidad. A partir de la situación real de la comunidad nacen, en primer lugar, los planes o proyectos de pastoral diocesana que proponen orientaciones o líneas de acción. Después estos pla-

---

<sup>42</sup> Cfr. E. Biemmi, «La formazione dei catechisti in Italia. Verso una prassi rinnovata», *Notiziario UCN* 3 (1999) núm. 41, pp. 22-43.

nes y proyectos los hacen operativos y concretos las diversas comunidades que viven y actúan en el momento y en el lugar concretos. Por eso, cada comunidad tiene que tener su propio plan. El proyecto catequístico está incluido en el proyecto parroquial y de la misma manera la formación de los catequistas queda integrada en la formación de todos los cristianos de dicha comunidad<sup>43</sup>.

Esto exige de los formadores cualidades especiales: debe ser capaz de colaborar, de integrarse en un plan pastoral y de elaborarlo en sintonía con el resto de los formadores, así como de fomentar la educación en el sentido eclesial y de favorecer cada vez más la conciencia de ser Iglesia.

La recogida de datos sobre las necesidades formativas de los catequistas ha orientado la búsqueda de las nuevas figuras formativas y, como consecuencia, de un plan apropiado.

Hay un dato evidente: junto a la permanente necesidad de preparación doctrinal, se ha abierto paso la necesidad de relaciones educativas graduales y constantes que sostengan y acompañen al catequista. Ha pasado a la historia el tiempo de las figuras fuertes y carismáticas; por el contrario, la debilidad y la fragilidad son los nuevos lugares teológicos que posibilitan mayor atención a las personas y nueva disponibilidad para formarse.

Nos encontramos en un momento importante y positivo que la comunidad cristiana debe valorar y vivir con intensidad, ya que es la condición de la nueva evangelización.

Sólo una Iglesia humilde y servidora que se pone a nivel de la gente y sufre con ella todas las debilidades, puede transmitir con verdad la palabra de la vida hasta lograr que renazca la esperanza.

---

<sup>43</sup> Cfr. G. Barbon y R. Paganelli, *Cammino...*, pp. 137-142.

### 3. HACIA DÓNDE NOS DIRIGIMOS

Al poner frente a frente las alternativas presentadas con la realidad que está surgiendo a varios niveles, nos parece necesario destacar, en cuanto a la formación se refiere, una evolución y una tendencia.

#### 3.1. La evolución

De la evolución del concepto de formación, al menos por lo que respecta a documentos y reflexiones eclesiales, parecen destacar algunos tránsitos significativos que nos permiten captar mejor el proceso entero:

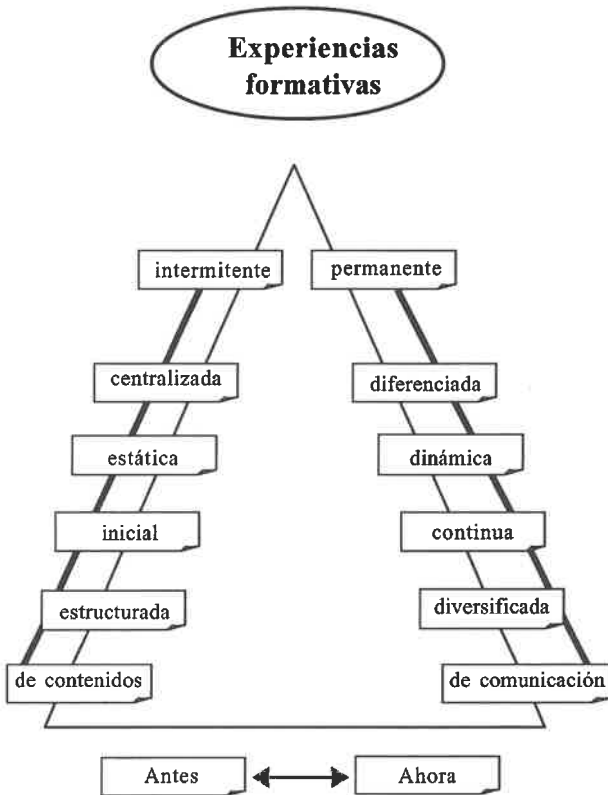
- Se ha pasado de una formación centrada sobre todo en la creación de una sólida y madura identidad cristiana y en el conocimiento de los **contenidos** de la fe, a una formación que une a esta capacitación indispensable, la de **comunicar** la propia fe, tal como afirmaba con claridad de documento de 1991.
- De una formación estructurada en cursos y modelos **uniformes** se ha pasado a una formación pensada para todos pero de forma **progresiva y diferenciada**, contando con itinerarios diversificados y recorridos complementarios<sup>44</sup>.
- Y, finalmente, de considerar necesaria la formación únicamente **al inicio** de la misión, a prever una formación **continua**, repensada sobre la marcha y necesitada continuamente de dialogar con las nuevas situaciones culturales. La política formativa deberá estar siempre pendiente de los cambios que van sufriendo tanto el mundo como la cultura<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> Cfr. OIFC, *I sette itinerari diversificati*, pp. 25-65.

<sup>45</sup> S. Duguet, «Equipe européenne de catéchèse. Rencontre sur la formation des responsables et agents de la catéchèse», *Catéchèse* 147 (1997) pp. 8-10.

Por otro lado, han evolucionado las modalidades formativas, y hasta las estructuras formativas se han transformado. En este campo, los movimientos que creemos más interesantes son los siguientes:



- De una formación pensada a partir del modelo **escolar** en su condición más estática y rígida se ha pasado a una formación replanteada sobre el modelo del itinerario y últimamente, aunque de manera un tanto tímida, sobre el del **laboratorio**.

- Igualmente se ha pasado de una formación **centralizada**, programada, sobre todo, a escala diocesana, a una formación más **local**, pensada a partir de la zona, la vicaría o incluso la parroquia.
- También, de una formación **«para dar catequesis»** a una formación más unitaria, **para el servicio de la Iglesia**, con objetivos y momentos tanto generales como específicos.
- Finalmente, de una formación más bien **intermitente**, que prepara para situaciones o acontecimientos esporádicos, a una formación **permanente** de quien siente la constante necesidad de revitalizar la motivación y capacitación propias.

Este nuevo concepto de educación pone en marcha un nuevo arte educativo que integra la implicación de todos los agentes y de las instituciones sin que por ello se confundan sus identidades. Construida desde los cimientos, la reciprocidad educativa se convierte en un concepto operativo revolucionario, ya que obliga a los agentes a encontrarse y a buscar lugares de diálogo y de interrelación.

A pesar de la existencia de iniciativas audaces e interesantes, no debemos ocultar que aún se privilegian demasiado a menudo los modos de formación tradicional. En cambio, el reto actual de la formación está vinculado a la diversificación de los modos y de los lugares del aprendizaje. Cada vez más hay que evitar estar continuamente diciendo a las personas lo que deben saber o lo que deben creer. Es mucho más importante ayudarlos a hacerse adultos, es decir, responsables de su propia formación. No debemos pensar tanto en transmitir los saberes que a su vez nos han sido transmitidos, cuanto en hacer personas capaces de acudir a las diferentes fuentes en las que encontrar, cuando haya necesidad, respuestas a sus nuevas preguntas.

El adulto, artífice de su propia formación, debe saber escoger entre todo lo que se le ofrece y construir él mismo el itinerario de su propia formación.

De hecho, «aprender a aprender» y «aprender a ser» es mucho más valioso que toda la información que se pueda recibir.

En las investigaciones realizadas encontramos también algunos puntos sobresalientes que constituyen retos en torno a los cuales concentrar las opciones formativas:

- La exigencia de definir más precisamente el perfil de la **figura del formador**. Hasta ahora se trataba sobre todo de profesores de seminario o sacerdotes con cierta preparación teológica y bíblica. En cambio, los formadores de catequistas deberían poseer una especialización en la comunicación de la fe que les permita responder a las más diversas situaciones.
- La formación permanente necesita propuestas precisas y estructuradas, adaptadas al momento. Se prevén figuras intermedias, tales como los **animadores** de los grupos de catequistas que actúan como mediadores entre la formación general y las exigencias específicas del grupo y mantienen viva la exigencia de una formación.
- Junto a estos *animadores* de catequistas, cuyo papel suele estar centrado en la persona particular, están las figuras de los **acompañantes** que procuran a los catequistas una formación más capilar, a base de sugerencias, ayudas concretas y continuo diálogo.
- Es igualmente indispensable la realización de un buen plano de la **situación inicial** con su correspondiente análisis que se concrete en demandas precisas y bien definidas tanto en el ámbito diocesano como en los subalternos.
- Finalmente, siempre será necesaria en el campo de la formación una «super visión», es decir, un momento de **evaluación** tanto de la capacidad educativa como de los modos de comunicación de la fe; en suma, una formación sobre el terreno, que confronta la práctica con la teoría para modificar una vez más la propia práctica y compararla con nuevos contenidos teóricos.

### 3.2. La tendencia

Del análisis, a modo de muestreo, de algunas experiencias significativas, se deducen líneas de tendencia o características, que indican hacia dónde avanzar<sup>46</sup>. No basta ya proporcionar una formación de tipo exclusivamente teórico; es necesario, más bien, alternar los momentos teóricos con la reflexión sobre la práctica, para replantearse la acción. Cada vez hay que prever más momentos de interacción que permitan acceder a una formación de tipo «laboratorio».

Las diócesis se están preparando para realizar una investigación adecuada sobre su situación, con el fin de esclarecer los requerimientos y establecer con mayor claridad las necesidades y las opciones consiguientes. Sin embargo, faltan aún modelos e instrumentos definidos y precisos para conseguirlo; y, en realidad, no siempre se desea conocer la situación en toda su crudeza.

Se tiende a mantener una formación básica para todos los catequistas, pero al mismo tiempo se programan cursos para los animadores de los catequistas e itinerarios formativos para los equipos diocesanos y de zona.

La formación tiende por ello a diferenciarse en varios niveles, sea partiendo del papel diversificado que el adulto cristiano vive en el interior de la comunidad, sea dirigiéndose a los distintos tipos de catequistas, es decir, según las indicaciones del último documento sobre la formación<sup>47</sup>.

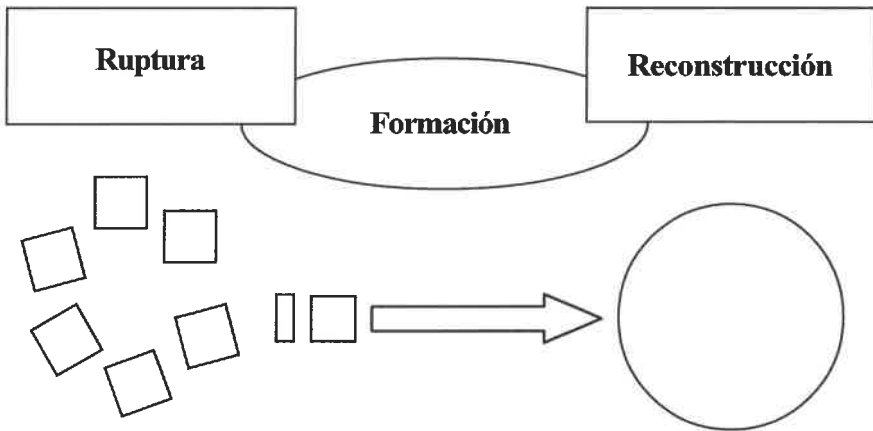
Por otra parte, están apareciendo nuevos lugares y nuevos ámbitos de catequesis, lo que debe suponer una renovada capacidad creativa e innovadora desde el punto de vista de la formación.

---

<sup>46</sup> G. Barbon, *Nuovi processi...*, pp. 111-126.

<sup>47</sup> OIFC, pp. 25-65.

La formación de tipo universitario de una gran parte de los agentes de pastoral ha dado lugar a un significativo desarrollo de la teología práctica. Por ello, la formación pastoral, tradicionalmente considerada como un apéndice de la teología, ya no puede seguir siendo vista como la parte de la teología que extrae las consecuencias prácticas de los principios formulados por la dogmática, sino como un lugar de reflexión sistemática a partir de la práctica. Este tipo de enseñanza se caracteriza por su íntima relación con el contexto humano y cultural y por las aportaciones de las ciencias humanas y sociales.



*Formación como proceso de ruptura y reconstrucción*

Sin embargo hay que prestar atención para evitar la pugna entre educación de la fe y formación. Puesto que una atiende sobre todo a las necesidades personales y la otra a las institucionales, estará atenta la primera al desarrollo personal mientras que la segunda atenderá más bien a la cualificación de las personas, de cara a un desarrollo de los recursos humanos en una Iglesia en evolución.

Formarse es entrar en un proceso de «ruptura» con los modelos cognitivos y los itinerarios precedentes, para acceder a una visión nueva y adquirir no sólo conocimientos, sino también capacitaciones. Esto exige el desarrollo de todas las capacidades de la persona; por consiguiente, la formación deberá ser lo más personalizada que sea posible<sup>48</sup>.

Hoy la formación reclama ductilidad y flexibilidad, sin que esto signifique abandonar la seriedad del proceso. Las situaciones evolucionan con gran rapidez, las propuestas tienen una vida breve, la realidad cambia en muy pocos años... Como consecuencia, los roles y las tareas pastorales no pueden estar ya totalmente definidos, sino que exigen capacidad de adaptación y de renovación.

Caminamos hacia una educación creativa, que no se ate a esquemas preconcebidos, sino que encuentre nuevos espacios de comunicación y de anuncio, que sepa «jugar» sus recursos de manera ágil y dinámica.

Es imprescindible que la formación incluya la capacitación para la relación, para el diálogo; por ello cada vez es más fuerte la tendencia a estudiar y elegir las ciencias que mejor preparan para la comunicación de la fe en el nuevo contexto cultural.

Es evidente también que existe una tendencia al acompañamiento de los que se inician en la misión catequística, tanto bajo la forma de apadrinamiento, como de tutoría, supervisión..., pero siempre con una buena dosis de discernimiento y de evaluación continua realizada conjuntamente por la comunidad y por los propios sujetos implicados.

---

<sup>48</sup> R. Paganelli, «Assimilare la proposta formativa», *Settimana* 35 (2001) núm. 3, p.12.

En resumen:

**Resulta evidente la necesidad de una formación**

- atenta al sujeto que ha de realizar el anuncio catequístico,
- adaptada al nuevo contexto social y cultural,
- que integre teoría y práctica,
- que provoque procesos de cambio y de transformación.

Las líneas evolutivas se convierten en opciones importantes para las futuras propuestas; serán punto de llegada y de partida para un plan de formación que se dirija hacia

- el aprendizaje del adulto,
- un modelo que posibilite la autoformación y la formación continua,
- la ruptura del marco cognitivo precedente y su reconstrucción según un nuevo modelo,
- una modalidad dinámica y diferenciada,
- un modo de aprendizaje creativo y flexible.

El hecho de entrar conscientemente en la lógica de repensar todo (situación, acción, formación...) constituye el camino más adulto para hacer frente a los desafíos de un mundo en constante transformación y ser fieles al Evangelio.